Es propiedad de V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Se venden Cuesta y Perez.

LA TORRE DEL AGUILA NEGRA.

rama en cuatro actos, en prosa y verso, original de D. Francisco Botella y Andrés, *para representarse en Madrid el año de 1856.*

PERSONAGES.	ACTORES.
LIA	*Sta. Ruiz.*
VIRA.	*Sta. Lansac.*
IGIDA.	*Sra. Rodrigo.*
CONDE DEL AGUILA.	*Sr. Corona.*
FREDO	*Sr. Martinez.*
REY	*Detrell.*
BERTO.	*Aznar.*
MAS.	*Mascardo.*
SELMO.	
MESONERO.	
AGINANTE 1.°	
IDEM 2.°	
SCADOR.	
ARDIA.	

Traginantes, marineros, pescadores, guardias, etc.

ACTO PRIMERO.

Decoracion pintoresca de montes y casas rústicas, con rina al fondo, y desembarcadero practicable. La casa d Roberto, en primer término, á la izquierda; un banco d piedra á la derecha. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

ELIA, ROBERTO.

R B. Vamos, consolaos, señorita, no tardará en volver, su vuelta alejará de vuestro rostro esas nubes de risteza que constantemente le cubren.

E A. Dios escuche tus palabras, y deje cumplir mis de- eos.

R B. Pero, despues de todo, permitidme que me tome na libertad. Ese jóven, de quien estais tan perdidamente enamorada, ha de hacer vuestra desgracia.

E A. Por qué? Cuando se ama, el colmo de la felicidad ver correspondido el cariño; para mi, nada es el undo sin el suyo, y sin su amor quiero morir, porie la tierra no puede prestarme el bienestar que sin me falta.

R . Bien. Concedo que sin su amor no podeis ser diosa, pero considerad que Alfredo es un pobre pesdor...

E . Y qué importa? Querrás decirme que yo acaso pertenezco á una familia noble y elevada? Ah! mas dichoso es Alfredo, que puede repetir sin avergonzarse el nombre de su padre, mientras yo lo ignoro, y quizás lo ignoraré siempre!

ROB. No lo espero... Cuando hace diez y ocho años, un hombre enmascarado se acercó á la puerta de mi cabaña, para depositar en mis brazos una inocente niña recien nacida, me dijo: «Buen hombre, encargaos de su educacion; que nada la falte, que de nada carezca, ni vos tampoco. Sus padres son ricos, poderosos, y quizás algun dia llamarán á la puerta de vuestra casa para recoger en su seno el fruto de sus amores. Cuando llegue ese dia, al que os presente media cadena igual á esta que hoy os entrego, y pronuncie á vuestro oido la palabra *Elia, amor y lealtad*, entregadle la niña y no temais, que serán recompensados vuestros favores con inmensos beneficios.» Os tomé en brazos, os acosté en la cuna, que yo mismo he mecido durante tres años, y desde aquel dia no ha faltado ninguno, en los diez y ocho que han trascurrido, que á la misma hora, una mano oculta, que nunca he podido descubrir, no depositára á la puerta de mi casa una cantidad suficiente para atender á vuestra educacion. Espero que algun dia vengan á reclamaros, y entonces para vos será la felicidad de eucontrar á vuestros padres, y para mi la desgracia de perderos.

ELIA. No. Si llegára ese dia, nunca te separarias de mi lado, mi buen Roberto, mi segundo padre! Pero ay! temo que sean vanas nuestras esperanzas. Y de todos modos, aunque mi padre me reclamára, aunque mi cuna fuese noble y elevada, yo jamás podria renunciar al amor por quien late hoy mi pecho, y por quien latirá siempre. Alfredo es un pobre pescador, es verdad, pero Alfredo posee mi corazon como yo el suyo, y no podremos desprendernos de una pasion que es nuestra vida, nuestra felicidad y nuestra esperanza. Mi cuna se meció en esta risueña playa al arrullo de las brisas del mar; mis manos jugaban con las pintadas conchas, y las olas, batiendo en la orilla, mojaban mis desnudos piés. Era feliz, y vivia inocente y sin cuidados. Mi único anhelo era aspirar el ambiente de la mañana, viendo nacer los dorados rayos del sol que estendia su roja cabellera sobre las aguas, y cuando á la caida de la tarde, el azul oscuro del mar reflejaba el color de la atmósfera, era mi único cuidado,

despedir al astro del dia, que bajaba á descansar de su carrera en su palacio de sombras encantado. No habia mas dicha para mi, ni mas pesares, hasta que un dia vi junto á la orilla la imagen de Alfredo; su rostro tostado acaso por el sol y las brisas del mar, sentaba perfectamente al traje de pescador. Dirijióme la palabra, y su acento hirió mi alma; en fin, para qué mas! Desde aquel momento, Alfredo fué la ilusion de mis ensueños, y si por él perdi la dicha de mi inocencia de niña, en él encontré la felicidad de mi vida de muger.

ROB. Hace seis meses que Alfredo se separó de nosotros, y desde entonces no hemos vuelto á saber de él.

ELIA. La vida de Alfredo es tambien para todos un misterio impenetrable. Sus frecuentes viages, cuyas circunstancias se ignoran, un aire distinguido que no le confunde con los demás pescadores; en fin, creó que su cuna no debe haberse mecido en estas orillas.

ROB. Teneis razon; pero de todos modos, señorita, os aconsejo que le olvideis, por dos razones: si Alfredo es lo que creemos, puede ser que haya variado de suerte, y este viage le aleje para siempre de nosotros; y si no es mas que un simple pescador, entonces con mas motivo debeis renunciar á vuestra pasion.

ELIA. Oh! jamás! Alfredo volverá, estoy segura; y yo no le olvidaré nunca. Dejadme, quiero estar sola.

ROB. Como gusteis. (Dios la haga tan feliz cuanto merece serlo!) (*entra en la cabaña.*)

ESCENA II.

ELIA, *despues de una pausa en que ha recorrido la playa con su vista.*

En vano á cada momento
mi vista cruza los mares,
que repiten el acento
conque le llama mi amor.
Porque en sus ecos la brisa,
para aumentar mi amargura,
en mis oidos murmura
que no vuelve el pescador!
Ay! en vano cuando el dia
su luz por Oriente asoma,
sale la tierna paloma
tras del imán de su amor.
Porque del claro rocío,
las gotas que el alba llora,
le dicen al pecho mio
que no vuelve el pescador!
En vano mi voz dirijo
á las campesinas flores,
que con aróma y colores
me están brindando su amor.
Porque doblan sus corolas,
y entre su tallo marchito,
encuentra mi vista escrito
que no vuelve el pescador!
Por qué asi á vivir me obliga
con tal pesar mi destino?
Por qué el cielo me castiga?
Si no es justo su rigor,
por qué no vuelve á la orilla
donde mi pecho le aguarda,
en su ligera barquilla,
mi adorado pescador?
Cuando sus montes de espuma
elevan las turbias olas,
creo entre la densa bruma
ver su rostro encantador;
mas cuando el agua agitada
vuelve á quedarse serena,
esclama el alma angustiada:
Ay! No viene el pescador! (*cayendo en el banco.*)

ESCENA III.

ELIA, TOMAS *con un ramo de flores.*

TOM. Alli la veo; ya decia yo, que estaria esperando mi ramo de costumbre; ah! si tengo yo un olfato!.. Cuando digo que esa muchacha está muerta de amor por mi. Je, je, poca envidia me tendrán los pescadores de la playa, el dia que yo le dé mi blanca mano; digo, no está muy blanca, porque el aire del mar y el trabajo de los remos..... Pero en fin, blanca ó negra, mano como todas las manos. Está distraida; pensando en mi, tengo yo un olfato... Me acercaré. Hem... hem...

ELIA. Ah! (*levantándose.*) Olá! Sois vos, Tomás!

TOM. (Cómo se alegra!) Si, yo soy, yo que vengo á traeros el ramo de costumbre; á vos, la mas bella de todas las pescadoras.

ELIA. Gracias; cuánto os molestais por mi!

TOM. No, no me molesto. Son flores que recojo á mi paso por el prado; alguna vez suelo clavarme las espinas...

ELIA. Cuánto lo siento!

TOM. No tengais cuidado; la piel de mis manos, acostumbrada al remo, no siente la picadura! (Qué guapa está; si me atreviera á decirle...)

ELIA. Habeis sabido algo de Alfredo?

TOM. Ta... tá... ta... Alfredo es el pescador mas misterioso de todos los pescadores; él se vá y se viene sin decir una palabra, y cuando le acomoda; ahora hace seis meses que se ha marchado, y no hemos vuelto á tener noticia de él. Creereis que se me figura una cosa?

ELIA. Decid.

TOM. Pienso que Alfredo no ha de ser un simple pescador. Oh! yo tengo muy buen olfato.

ELIA. Pues entonces, qué es?

TOM. Mi olfato no llega á tanto; sobre eso si que no puedo deciros una palabra.

ELIA. Perdonadme, Tomás; voy á entrar en mi casa.

TOM. Id con Dios. (Si yo me atreviera...) Señorita...

ELIA. Deciais...

TOM. Nada, nada, que está el tiempo muy bueno. Si quereis pasear, mi bote está á vuestra disposicion.

ELIA. Gracias, Tomás; hasta luego. (*vase.*)

ESCENA IV.

TOMAS, *despues de acompañarla hasta la puerta.*

Soy un bruto, soy un animal, soy un rinoceronte! Nunca, nunca me atrevo á decirla que la amo; bárbaro de mi, estoy quizás haciendo tiempo para que venga algun otro y se cargue con la pesca. No, á la otra vez que la vea se lo envoco; no hay remedio, me voy á almorzar, y alli dispondré la red. Nada, á la otra no se me escapa. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

EL CONDE, ANSELMO *con barbas y sombrero por la derecha.*

ANS. Por aqui, señor, por aqui.

CON. Tienes razon; ya diviso la cabaña. Efectivamente, esta es la playa donde algunas veces la he visto, cogiendo conchas, y bañando sus lindos piés en las claras olas que venian á acariciarlos. Ved si está el bu-

que á larga distancia. (*Anselmo vá hácia la playa.*) Oh! ella ha de ser el ángel que guie mis pasos en esta vida. Si, cuando su padre averigue el rapto, será ya mi esposa ante Dios, y la necesidad le obligará á convenir en este matrimonio.

Ans. El buque está cerca, y á una señal, no tardará el bote que á él ha de conducirnos.

Con. Creo que estaremos suficientemente desfigurados...

Ans. Nadie puede conoceros, señor.

Con. Pues prudencia y sigilo.

Ans. No es necesario que me lo encargueis, puesto que yo lo necesito tanto como vos. Si esto llegára á descubrirse...

Con. Nadie posee el secreto mas que los dos, nadie será capaz de penetrarle, y ambos le guardaremos por nuestro interés.

Ans. Pero tanto la amais?

Con. No sé si es amor ó es deseo; pero siento en mi pecho una agitacion como nunca la he sentido; desde el dia en que estraviado de mis compañeros de caza, tuve ocasion de admirarla, no he cesado de pensar en ella. y no se ha vuelto á borrar su imágen de mi corazon; Instintivamente dirigia mis pasos á esta playa, y me contentaba con verla sin que ella lo notase, para que la sorpresa no la hiciera huir de mi vista. Mi imaginacíon ha apurado cuantos planes pueden ocurrírsele á un hombre que ama; para conseguir el objeto de su amor, y á no ser por ti...

Ans. A no ser por vos, no hubiera yo faltado á un juramento, comprometiendo mi vida.

Con. Mis beneficios pagarán con usura tu favor.

Ans. Diez y ocho años, desde el dia en que la traje á esta playa, he conservado el secreto en mi pecho, que solo á vos os he revelado, burlando á mi señor.

Con. No temas; lejos de España podrás vivir tranquilo, sin cuidados ni responsabilidad.

Ans. Pues no perdamos tiempo; ya sabeis. *Elia, amor y lealtad.*

Con. No lo olvido; vamos?

Ans. Vamos. (*entra en la cabaña.*)

ESCENA VI.

Tomas.

Pues señor, no almuerzo, no almuerzo hasta que consiga mi objeto; he pensado que está mi imaginacion mas despejada antes de comer, y podré arreglar mejor mi declaracion... Si, me declaro, y si me dice que no, me tiro de cabeza al mar. Si Elia no quiere ser mi muger, sirvo de pasto á los peces; asunto concluido. Calle! me ha parecido oir el ruido de unos remos. Si, alli diviso un bote, vienen dos hombres: qué veo! Aquella es la cara de Alfredo! (*gritando.*) Alfredo, eh, no me oye, si, no tengo duda, es él, es Alfredo! Qué alegria! Ahora me convidará á almorzar como lo hacia antes todos los dias, porque Alfredo es el pescador mas generoso del mundo. Ya se acercan, voy á esconderme, y cuando mas descuidado esté, paf, salgo y le sorprendo. (*se esconde entre unos matorrales á la derecha.*)

ESCENA VII.

Tomas, *escondido*, **Alfredo** *llega en un bote, baja á la playa y el bote se retira.*

Alf. Bendita sea la arena de esta playa que vuelven á tocar mis piés. Pobre Elia! Cómo habrá sufrido esperándome mientras mis deberes me mantenian lejos de ella. Oh! es preciso descubrírselo todo, y que de una vez sepa el nombre del que le ama, y venga conmigo lejos de esta playa que la ha visto nacer.

Tom. (Está pensativo, en qué estará meditando? Vamos, tal vez estrañará que yo no haya salido á recibirle.)

Alf. Pobre paloma, arrullada por el viento del mar; es preciso que bata sus alas lejos de aqui, y que, paloma en la playa, venga á ser flor en los jardines de la córte. Aunque hija de un pescador, bien merecen sus prendas el rango de gran señora.

Tom. (Pues señor, me decido; voy á sorprenderle.) Eh, señor desertor.

Alf. Ola! Tomás! Mi buen amigo, mi compañero!

Tom. Hombre, ya creiamos que habrias servido hace mucho tiempo de pasto á los peces; yo, la verdad, siempre que tendia mis redes decia entre mi: bah, ahora voy á sacar algun pedazo de mi buen amigo Alfredo, y por cierto que me alegraria, porque asi sabriamos á punto fijo qué es lo que se ha hecho.

Alf. Gracias por el interés...

Tom. Ah! Sabes que estoy enamorado como un bruto?

Alf. Y quién es el objeto de tus amores?

Tom. Toma, quién ha de ser? La mas bella pescadora de todas las cercanías, la hija del buen Roberto.

Alf. Elia!

Tom. Justamente: hombre, qué talento tienes, lo has acertado.

Alf. Y ella...

Tom. Ella no sabe una palabra; no se lo he dicho nunca, pero estoy seguro de que me quiere. Oh! tengo yo un olfato!.. Esta mañana vine á traerla el ramo de flores...

Alf. Bien, bien, déjame, déjame solo un momento, luego hablaremos.

Tom. (Pues señor, este trae algo entre manos, no hay duda.) Corriente, voy á anunciar á todos los compañeros tu llegada. Ah! si por casualidad vieres á Elia, háblale de mi, recomiéndame con todo el interés de un buen amigo. Adios, hasta luego.

ESCENA VIII.

Alfredo.

Ah! Cuánto deseo volverla á ver! No tengo duda de que en su pecho conservará grabado el recuerdo de mi amor. Qué haré? Debo entrar, si; á esta hora estará en la cabaña de su padre. Cielos! Siento pasos! Oh! si, ella es; quiero sorprenderla, me ocultaré para observar sus movimientos. (*se oculta á la derecha.*)

ESCENA IX.

Alfredo, *oculto;* **Elia.**

Elia. Cielos! Qué acabo de saber! A un tiempo la felicidad y la desgracia. A un tiempo el cumplimiento de mis deseos y el fin de mis esperanzas. Oh! haber encontrado un padre, una familia, y no tener á mi lado á Alfredo para hacerle partícipe de mi dicha! Quieren esos hombres que hoy mismo partamos de aqui para reunirme con mis padres. Oh! no; no partiré si él no llega. Dónde estará? Dónde estará, Dios mio!

Alf. A vuestro lado.

Elia. Ah! Cielos! Alfredo, tú aqui, á mi lado!

Alf. Si, Elia mia, mi primer cuidado al llegar á la playa, ha sido dirigirme á tu cabaña, donde sabia que habia de encontrarte, pura, hermosa, y constante como siempre.

ELIA. Cuánto has tardado! Dime, por qué nos ocultaste tu marcha, y nada hemos vuelto á saber de ti?
ALF. Elia, mis frecuentes viages son un secreto que hoy no puedo revelarte, acaso en breve lo haré.
ELIA. Pero, Dios mio, hoy habeis querido darme completa la felicidad! Tambien, Alfredo, ha llegado la hora de descubrirte yo, un secreto que nunca te habia confiado.
ALF. Cómo!
ELIA. Si, el anciano Roberto no es mi padre.
ALF. Qué dices?
ELIA. Mi cuna es noble, y mi familia poderosa.
ALF. Cielos!
ELIA. Mi padre, que me entregó al nacer al buen Roberto, hoy me reclama, y me dá su nombre y sus riquezas.
ALF. Ah! toda mi felicidad desaparece en un momento!
ELIA. Qué dices! Jamás; pobre pescadora te amé, y te amo heredera noble y rica; no partiré de esta playa sin llevarte á mi lado; asi se lo he hecho saber al hombre que viene por mi para conducirme á los brazos de mi padre, y á todo trance tendrá que acceder á mis deseos.
ALF. Oh! Corazon noble y generoso! Y qué nombre, qué nombre es el de tu familia?
ELIA. Lo ignoro aun, porque quieren que le pronuncie mi padre al estrecharme en su seno.
ALF. Pues bien, Elia, partiremos juntos para no separarnos jamás.

ESCENA X.

Dichos, TOMAS.

TOM. (Bueno, bueno, está con ella. Ah! estarán hablando de mi.) Ola, me alegro, me alegro, ya estareis contenta, puesto que tanto os interesabais por Alfredo. Acabo de avisar á todos tu llegada, á todos. (*ap. á Alfredo.*) Qué, cómo vá eso, hay algo adelantado?
ALF. Mucho.
TOM. Ya lo decia yo; sino podia menos. Le has dicho todo, todo el cariño...
ALF Todo.
TOM. (*á Elia.*) Oh! yo me atreveria á deciros que lo que Alfredo os acaba de asegurar, es una gran verdad.
ELIA. Oh! Si, creo todo cuanto me ha dicho.
TOM. Je... je... ya veis, la cortedad... la... por eso no os lo habia dicho ántes.
ALF. Si, está ya enterada de todo.
TOM. Bueno, bueno, perfectamente; entonces ya no hay nada que hacer. (Ay! cuánto me ha costado que llegára á saber mi amor! Lo que vale tener un buen amigo.) Pues corriente, ahora voy á aguardar á los compañeros que vienen á felicitarte.
ELIA. Id con Dios.
ALF. Hasta luego.
TOM. (Ya sabia yo que habia de aceptar mi cariño. Oh! Tengo yo un olfato!..)

ESCENA XI.

ELIA, ALFREDO, EL CONDE, ANSELMO.

ELIA. Hasta el bueno de Tomás se alegra de nuestra dicha.
CON. (*saliendo al ver á Alfredo.*) Ah! Qué veo! Ese rostro!
ANS. Conoceis á ese pescador? (*ap.*)
CON. Creo que si. (Oh! el trage no ha podido desfigurarle.) (*ap. á Roberto que sale.*) Decidme, quién es ese jóven?
ROB. Ah! (*viéndole.*) Mi buen Alfredo!
ALF. Señor Roberto!
ROB. Es Alfredo, un pescador de quien no teniamos noticias hace seis meses, y que ahora estrecho entre mis brazos. (*al conde.*)
ELIA. Es mi amante, de quien os hablé hace poco.
CON. Ah! Comprendo. Pero creo que desistireis de vuestro proyecto.
ELIA. Jamás; sin él no partiré de esta playa.
CON. Sin embargo, vuestro padre...
ELIA. Mi padre no puede mandar en mi corazon, y yo me arrojaré á sus piés é imploraré su clemencia.
CON. (Su obstinacion podria perdernos!.. Ah! qué idea!) Con que insistis?
ELIA. Insisto.
CON. Pues bien, no me opongo, si esa es vuestra voluntad. Vendrá con nosotros.
ELIA. Oh! Señor!
ALF. Quizás no os arrepentireis de haberme concedido un puesto en este viage.
CON. (*ap. á Anselmo.*) Ese hombre es mi rival, viene con nosotros; en alta mar, un puñal en su pecho, y que las olas cubran su tumba. (*alto.*) Ya lo sabeis, los cuatro. Haced la señal al bote. (*Anselmo se dirige á la orilla y hace señal con un pañuelo.*)
CON. (*á Anselmo.*) Creo que no habrá ningun inconveniente?
ROB. Ninguno, señor; no me toca mas que cumplir las órdenes recibidas. Vuestra media cadena y las palabras: *Elia, amor y lealtad,* no me dejan duda alguna. Llevaos el tesoro que yo he poseido diez y ocho años.
ELIA. Oh! No tardaremos mucho en reunirnos. Yo rogaré á mi padre que mande por ti, para que vivas siempre á nuestro lado.
ROB. Dios lo quiera!
ANS. El bote se acerca. (*aparece el bote en la orilla.*)
CON. Cuando gusteis.
ELIA. Padre mio!
ROB. Dios te haga feliz!
CON. (*á Anselmo.*) No olvides mi encargo.
ANS. (Descuidad, servirá de pasto á los peces.) *al conde.*)
ROB. Sé tú siempre su protector. (*á Alfredo.*)
ALF. Como ella será el ángel de mi felicidad. (*suben al bote y desaparecen poco á poco.*)
ROB. Dios mio! Dios mio! Guiadles en su viage; que vuelva al seno de sus padres, y que alli sea tan feliz cuanto yo seré desgraciado lejos de ella. Avanza el bote... llegan al buque. Pobre hija mia! Qué hubiera sido de ella sin mis afanes, sin mis cuidados! (*empiezan á notarse señales de tempestad.*)

ESCENA XII.

ROBERTO, TOMAS, *pescadores, pescadoras.*

TOM. Ea, aqui estamos todos, que venimos á celebrar tu venida y mi cercana boda. Calle! Dónde están? Señor Roberto, y Alfredo y vuestra hija?
ROB. Ah! Quizás no volveremos á verles.
TOM. Vamos, siempre teneis ganas de bromas, ea; dejad ya de jugar al escondite, y sabed que Elia me ama con todo su corazon, y que vengo á pediros su mano.
ROB. Mirad, veis aquel buque?
TOM. Si, caramba, qué buena popa tiene.
ROB. Pues él se lleva nuestra felicidad.
TOM. Vuelta! Vamos; que no estoy para chanzas, señor Roberto.

Rob. Elia no era hija mia; su padre la ha reclamado, y ese buque la lleva al seno de su familia.

Tom. Qué estais diciendo? Conque he sido un imbécil!.. Maldita suerte la mia! Dejadme, voy á arrojarme al mar. Pero no, que hace muy mal tiempo, y están las olas embravecidas. Otro dia me arrojaré. Ya ha tendido el buque sus velas. Calle! Han arrojado un bulto al mar, y se mueve; juraria que es una persona. (*la tormenta vá creciendo.*)

ESCENA XIII.

Dichos, un Desconocido *que es el Rey.*

Des. (*precipitadamente.*) Decidme, buenas gentes, quién de vosotros es Roberto el pescador?

Rob. Con él hablais.

Des. (Gracias, Dios mio!) Teneis en vuestro poder una niña que os entregaron hace diez y ocho años...

Rob. La tenia, señor; aquel buque la conduce.

Des. Qué decis!

Rob. Su padre quiere reconocerla, y han venido en su nombre á reclamarla.

Des. Oh! Maldicion! Os la han robado!

Rob. Cómo! Señor!

Des. Si, la cadena ha sido estraida, y el que poseia el secreto, ha huido sin duda, abusando de él..... Qué partido tomar?

Tom. Pues no hay duda, el bulto es un hombre.

Des. (*á Roberto.*) Y las señas, decidme, las señas del raptor?

Un pescador. El bulto parece una muger.

Rob. Ah! Qué habeis dicho! Qué idea! Acaso haya descubierto la infamia, y busca un asilo á su honor en las olas.

Des. Oh! Qué decis! Pescadores, á la mar, mi vida, mis riquezas para el que la salve.

Tom. La marejada es terrible, quién se atreve...

Des. Os lo pido en el nombre de su padre.

Pescador. Tambien nosotros tenemos hijos.

Des. Os lo suplico.

Tom. No nos atrevemos.

Des. Os lo mando.

Tom. Y quién sóis para mandar asi?

Des. (*descubriéndose.*) El rey de España.

Rob. (*cayendo arrodillado.*) Ah! El rey!

Todos. El rey!

Tom. Compañeros á la mar, á salvarla.

Todos. A salvarla. (*Tomás se arroja al mar, los demás preparan los botes, cuerdas, etc. La tempestad crece. El rey les observa desde el embarcadero con ansiedad. Se ven los relámpagos y se oyen truenos lejanos. Cuadro; cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio de un meson. Puerta al foro y laterales. Una mesita á la derecha, sobre la que hay un jarro y vasos. Una lámpara sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

El Mesonero, Traginante 1.°, idem 2.°; *traginantes sentados junto á la mesa bebiendo.*

Mes. Vaya, apuremos el último vaso á la salud del águila negra.

Tra. 1.° Callad por Dios, señor Pedro, y no juguemos con las apariciones, porque estos juegos suelen tener malas consecuencias.

Mes. Ba, ba, dejaos de tonterias; un hombre que está acostumbrado á andar por los caminos toda su vida, no debe tener esas aprensiones.

Tra. 1.° Si; aprensiones ó no aprensiones, bien huiais la noche que se nos apareció el fantasma del águila negra, en medio del camino que conduce á la ciudad.

Mes. Yo huir!.. Estais loco; yo huir de una aparicion!

Tra. 1.° Pues entonces, á qué vino aquella carrera tan precipitada?

Mes. Eso es diferente; se hacia tarde y llevaba mucha prisa; por eso corri precipitadamente hácia mi casa; de lo contrario, yo os aseguro que si hubiera tenido tiempo, espero impasible al fantasma y... Ah! qué, qué ha sido eso?.. Creo haber ido...

Tra. 1.° No, es que os zumba todavia en los oidos el miedo.

Mes. Ba, ba, tonterias.

Tra. 2.° Y desde cuándo habeis visto esa aparicion por estos alrededores?

Mes. Yo os contaré toda la historia. Dicen que la torre del águila negra ha sido siempre morada de brujas y vampiros. Los ascendientes del conde actual, tenian pacto con el demonio, y asi es, que aun al pasar luz al lado del conde, se percibe un cierto tufillo á azufre no muy agradable. Pues como iba diciendo, á pesar de todas estas voces, que siempre han corrido por muy ciertas, jamás se habia visto fantasma alguno que hiciera creer efectivamente la realidad de estas apariciones. La torre está enteramente aislada, y lo mas natural es, que el misterio que siempre se ha notado en la ilustre familia, que la habita, hiciera creer semejantes paparruchas. Sin embargo, hace cosa de tres meses, mudó un poco de aspecto el castillo; se han visto salir y entrar muchos criados, y sobre todo, que es lo que atemoriza á las gentes de estos alrededores, todas las noches á la una en punto, se vé vagar entre las sombras que dibujan las antiguas paredes, un bulto negro que dicen se asemeja á un águila; despues pasa por entre las celosias de las ventanas una paloma blanca, el águila lanza un chillido penetrante y va á arrojarse sobre la paloma, pero se lo impiden las celosias y cae abatida; todo queda en silencio hasta el otro dia que pasa la misma escena. Han dado en decir que el águila es el alma de algun antepasado del conde, que tendrá cuentas atrasadas en este mundo; pero yo lo que creo es, que el águila será algun mancebo enamorado que pretenda los favores de la hija del conde, la cual dicen es un portento de hermosura, aunque jamás se la ha visto salir de la torre.

Tra. 1.° Por sí ó por no, yo me guardaré muy bien de pasar á la una de la noche por la torre del águila negra.

Mes. Ba, ba; olvidemos estas tonterias. (*tomando un vaso de vino.*) Ea, á la salud del águila negra. Va siendo tarde, conque á descansar hasta mañana, y no hay que acordarse de las apariciones. Vaya, buenas noches.

Traginantes. Buenas noches. (*se retiran por el foro.*)

ESCENA II.

El Mesonero.

No, pues yo aunque suelo hacerme el valiente, no dejo de tener algun respeto á esa maldita torre.

ESCENA III.

El Mesonero, Alfredo *y* Tomas *en trage de peregrinos.*

Alf. Alabado sea el Señor!

MES. Para siempre sea alabado. Hola!.. Sois vos! Se os ha hecho tarde en el camino?

ALF. Si, pero la misericordia de Dios es grande y no abandona nunca á los pecadores.

TOM. (Será que yo no soy pecador, porque hace tiempo que me ha abandonado.)

ALF. Por eso nos ha proporcionado encontrar este asilo, donde espero nos dareis hospitalidad hasta mañana.

MES. Con mucho gusto; ya sabeis que mi meson es siempre vuestro.

ALF. Gracias; el Señor premiará vuestros beneficios.

MES. Desde la primer vez que os vi, cuando fijasteis vuestra residencia en estos alrededores, os cobré cariño y haria cualquier cosa por vos. He tenido siempre aficion á los peregrinos. Habeis oido contar algo de la torre del águila?

ALF. Ba, sueños y quimeras de la preocupacion.

MES. Sin embargo...

ALF. No lo creais.

MES. No. Qué, si yo no lo creo. Quereis acompañarme á cenar?

ALF. No, gracias, hemos cenado ya.

TOM. (Si, aire; nos mantenemos como los camaleones.)

MES. Vaya, pues haced lo que gusteis. Con vuestro permiso voy á concluir mis tareas.

ALF. Id con Dios.

MES. (Tambien son raros estos peregrinos. Nada, desde hace tres meses, todo son misterios en los alrededores del águila negra.)

ESCENA IV.

ALFREDO, TOMAS.

TOM. Señor, esto ya no se puede resistir; tanto tiempo andando por bosques y por rocas sin saber por qué ni para qué!

ALF. Puedes volverte á tu playa cuando quieras.

TOM. No, eso no: el dia que os salvé la vida, cuando aquel maldito señor os hizo arrojar herido al mar, juré no volver á separarme de vos, y lo cumpliré hasta el último momento de mi existencia.

ALF. Gracias, Tomás; mi reconocimiento será eterno.

TOM. Nada de eso. Pero lo que yo no entiendo, es por qué nos hemos vestido de peregrinos, y por qué andamos por ahi á salto de mata sin adelantar un paso.

ALF. Ya lo sabrás mas tarde, el dia que consiga mi felicidad.

TOM. Cara felicidad, que á tanto precio tiene que pagarse.

ALF. Me parece haber percibido pasos.

TOM. Efectivamente, viene gente. (*mirando por el foro.*)

ALF. (*yendo á mirar al foro.*) Ah! cielos! qué veo! Ese rostro, esa figura!.. Si, si, no hay duda. Tomás, ven, ven, ocultémonos.

TOM. Pero señor...

ALF. No perdamos tiempo; en este cuarto.

TOM. Pues señor, el buen Alfredo se ha vuelto loco, no hay duda. (*entra por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

EL CONDE, BRIGIDA *y* ELIA *por el foro; el Conde con capa y sombrero; Elia y Brigida con mantos negros.*

CON. Pasad, pasad: aqui de la tormenta
podemos guarecernos, y hasta el dia,
cuando la luz de la rosada aurora
disipe las tinieblas
de la noche sombria,
no saldremos; la torre está distante,
y acaso empresa temeraria fuera
si en noche tan fatal llegar quisiera.

BRI. Es verdad; y además, esta señora
se encuentra del viage fatigada,
y descansando cual quereis ahora,
será mucho mas fácil que resista...
Habeis querido á la ciudad llevarla...

CON. (Por no apartarla nunca de mi vista.)

BRI. Abandonad por Dios tantos enojos,
señora, que he notado,
que en tan largo viaje,
ni habeis abierto vuestros lindos ojos,
ni tampoco los lábios despegado.

ELIA. Y para qué? Para rogar al cielo
basta no mas el corazon; mi anhelo
tan solo Dios á comprender alcanza;
porque mi acento hasta su trono llegue
dejad que á Dios en el silencio ruegue!

BRI. Oh!.. Cualquiera dirá que vuestra vida
está llena de angustias y pesares,
cuando á gozar felicidad convida
los bienes que os ofrecen á millares.

ELIA. Un deseo tan solo tiene el alma
y nunca por mi mal se vé cumplido.
Con mi padre no mas vendrá la calma
á mi pecho; tres meses ofrecido...

CON. No tardará á cumplirse ese deseo;
vuestro padre me encarga
que yo cuide de vos, y a lo que creo
segun os dije ya, por su reposo,
quiere que sea de su hija esposo.

ALF. (*entreabriendo la puerta.*)
(Ah! pérfido! Impedirlo es necesario.)

ESCENA VI.

Dichos, el MESONERO.

MES. Calle! por Dios, me gusta la franqueza!
Quién os dió la licencia, caballero,
para entrar en mi casa?

CON. Mi dinero.

MES. Ah! vamos, eso ya muda de especie.

CON. Un cuarto disponed en el momento
para estas damas.

MES. Bien, en este lado,
á la izquierda teneis un aposento,
que es el mejor y está desocupado.

CON. Podeis pasar y descansar con calma
hasta el cercano dia.

BRI. Vamos, señora.

ELIA. (Dios del desgraciado,
tened piedad de la desgracia mia!)
(*entra por la izquierda.*)

ESCENA VII.

El CONDE, *el* MESONERO.

MES. (Cuanto mas imagino y me confundo
hallo un misterio mas que no comprendo.)

CON. (Podrán acaso conocerme?) Oidme.

MES. (Ay! Santo Dios!) Mandad, buen caballero.

CON. Quién hay en el meson?..

MES. Pche... traginantes,
mi familia, tres machos y dos perros;
todos tranquilos sin recelo duermen.

CON. La llave de esa puerta dadme.

MES. Creo

que está á la cerradura.
CON. (*cerrando la puerta de la izquierda y guardándose la llave.*)
Si. (Conmigo,
mas segura y mejor asi la dejo.)
MES. (Diablo! y las encierra!) Y por si acaso
pretendieran salir?..
CON. Quiero silencio.
Condúceme á otro cuarto, y en tu vida
reveles que aqui estube.
MES. No por cierto.
CON. De lo contrario, antes de diez horas,
sin mas motivo ni razon, te cuelgo
de la mas alta almena de la torre
en el águila negra.
MES. Santo cielo!
CON. Silencio y sigueme.
MES. (Válgame Cristo!
Ya empiezo yo á creer en los misterios.
No hay duda, en los contornos del castillo
andan de noche los demonios sueltos.)

ESCENA VIII.

ALFREDO, TOMAS.

ALF. Oh! Dios mio! Dios mio! Dadme valor para llevar á cabo mi empresa. Ella aqui, bajo el mismo techo; á mi lado!.. Solo nos separa una pared, una puerta; pero esa puerta... Oh! qué idea!.. Ayudadme, Dios mio!..
TOM. Pero señor, yo no sé lo que pasa aqui; no comprendo una palabra; habeis estado mirando por la rendija de la puerta...
ALF. Ya te lo esplicarè todo.
TOM. Pues señor, bueno, como gusteis.

ESCENA IX.

Dichos, *el* MESONERO.

MES. (Ya queda colocado
en el cuarto interior.) Cielos! qué miro!
Yo os hacia roncando ha mucho tiempo.
ALF. Ah! señor Pedro, á tiempo habeis llegado.
MES. Qué ocurre?
ALF. Necesito vuestro ausilio.
MES. Decid.
ALF. El hombre que dejais ahora
es el conde del águila.
MES. Qué escucho!
ALF. Que se oculte su nombre importa mucho.
MES. Por eso en su furor me amenazaba
colgarme de una almena de su torre.
ALF. Pues bien, yo necesito en el momento
que la llave me deis de ese aposento.
MES. El conde la ha llevado.
ALF. Fui testigo:
Corred, id á su cuarto, y en seguida
que el noble caballero
al sueño incline la cansada frente,
le quitareis la llave; aqui os espero,
del secreto responde vuestra vida.
Marchad.
MES. Estais demente!
Vamos á ver, direisme por ventura
para qué es esa llave?
ALF. No os importa;
traedla y no cuideis de su destino.
MES. Id á dormir.
ALF. Que mi paciencia acaba.
MES. Tambien se enfada el santo peregrino?
ALF. Y entre sus fuertes manos perecieras
si su mandato, fiel, no obedecieras.
MES. Qué derecho teneis?
ALF. El de la fuerza.
Entre la noche oscura
fantasma tenebroso
un águila gigante alza su vuelo;
constante aparicion de estos lugares
su sombra aterradora
á todos causa sin igual pavura;
recuerda...
MES. Santo cielo!
ALF. Mírame bien. (*un reló dá la una.*)
MES. La una!
ALF. Esa es la hora
en que el águila negra hasta el castillo
para arrancar á la paloma corre,
pero el ardor de su potente garra
se estrella en las paredes de una torre.
Ay de ti, si el mandato no obedeces,
ay de tu vida, si al oir mi acento
no le vas á cumplir, porque pereces
cual seca espiga, que se lleva el viento!
MES. Piedad, señor, piedad. (*arrodillandose.*)
ALF. No habrá ninguna.
La aparicion conmigo une su suerte;
la sombra suya es mi constante sombra;
su poder mi poder; teme la muerte
si antes que alumbre el luminar del dia
fiel no obedeces la palabra mia!
MES. Mandad cuanto querais.
ALF. Al aposento
del conde.
MES. Corro.
ALF. Y en seguida
la llave al punto aqui.
MES. Por Dios me pasma
su arrogancia! Disponen de mi vida
el peregrino, el conde y el fantasma!

ESCENA X.

ALFREDO, TOMAS.

TOM. Cuando digo que esto va enredándose mas de cada vez! Oh! ya creia yo que aqui debia haber algun misterio. Tengo yo un olfato!..)
ALF. Oh! Dios mio! Dios mio! ayudadme hasta el último momento! Haced que consiga mi objeto, y que lleve conmigo á la muger que posee mi corazon y por quien tanto he padecido! Oye, Tomás, en ese cuarto hay dos mugeres, vamos á robarlas.
TOM. Señor...
ALF. Si; tu encárgate de sujetar á la dueña, y poniéndole un pañuelo á la boca...
TOM. Gracias; con que es decir que la dueña es para mi? Agradezco el regalo.
ALF. Silencio.

ESCENA XI.

Dichos, *el* MESONERO.

MES. El miedo solamente me hace á mi hacer estas cosas!..
ALF. Traeis...
MES. Si señor; estaba dormido como un liron y guardaba la llave debajo de la almohada. Tomad.
ALF. Déjanos solos y sin luz.
MES. No tengais cuidado, que os dejaré bien solos. Qué

hagan lo que les dé la gana, yo me lavaré las manos como á Pilatos. (*coje la lámpara que hay sobre la mesa y sale. La escena queda enteramente oscura.*)

ESCENA XII.

ALFREDO, TOMAS.

ALF. Este es el momento decisivo. Vamos.

TOM. Pues señor, no hay remedio; tengo que cargar con la vieja! (*Alfredo se acerca á la puerta, abre y entra.*) Ya está dentro, y tendrá que valerse de las manos para todo, porque los ojos con esta oscuridad de nada le sirven.

BRI. (*dentro.*) Ah! Socorro, socorro!

TOM. Uf... ya gritan; esto va malo. (*Alfredo sacando de la mano á Elia.*)

ALF. No temais; reconocedme, soy yo; vuestro Alfredo.

ELIA. Oh! si, esa voz, esa voz! El corazon me dice que os siga.

BRI. Socorro, socorro.

ALF. Maldita dueña!..

TOM. Pícara vieja, si yo la atrapo...

ELIA. Va á descubrirnos.

BRI. (*saliendo.*) Señor conde, favor, socorro; nos roban.

ALF. Maldita sea!

ESCENA XIII.

Dichos, *el* CONDE.

CON. La llave!.. Esas voces!.. Quién está aqui?

ELIA. Ah! su voz!

ALF. Cielos!.. Nos hemos perdido.

BRI. Señor, señor, no perdamos tiempo.

TOM. Esto va muy malo.

ELIA. Huid, Alfredo.

CON. (*sacando la espada.*) Villano, el que se ha atrevido á insultarme, defiéndete..

ALF. Si, me defenderé. (*sacando la espada debajo del hábito.*)

CON. Luces, mesonero, luces.

TOM. Pues señor, yo me escondo. (*entra por la derecha.*)

ALF. Oh! peor será si me descubre; me oculto, no lo perdamos todo. (*busca la puerta de la derecha y entra.*)

CON. Dónde está tu acero? Villano, quien quiera qué seas. Luces, pronto, luces.

ESCENA XIV.

Dichos, *el* MESONERO, *con luz, traginantes.*

MES. Qué confusion es esa?

CON. Dónde está mi llave? Quién me ha robado la llave?

MES. Señor... (Ya no está el peregrino.)

CON. Oh! no hay nadie; dónde está el infame que pretendia arrebatarme mi tesoro?

MES. Señor, sin duda habeis soñado.

CON. Oh! no, buscadle. Quién hay en esta posada?

MES. Estos traginantes y un pobre peregrino que duerme en esa habitacion.

ESCENA XV.

Dichos, ALFREDO *por la derecha como sorprendido y con aire religioso y tímido.*

ALF. Qué pasa? Qué gritos son estos?

ELIA. Ah! (*al verle.*)

CON. Decidme, padre, no habeis oido un hombre que ha penetrado en esta habitacion y que ha reñido conmigo?

ALF. Nada sé; dormia tranquilamente cuando me han despertado vuestros gritos.

MES. (Pícaro peregrino.)

CON. Oh! Pues no hay duda; me han robado la llave y se han batido conmigo.

MES. Recordad, señor, la historia de las apariciones; acaso esa águila negra...

TRAGINANTES. Es verdad.

CON. Eh, imbéciles, quién piensa aqui en apariciones?

ALF. Sin embargo, el poder del Señor...

CON. Id á descansar, padre; marchaos, todos. (Ah! ella está tranquila! (*yendo precipitadamente hácia Elia y cogiéndola del brazo.*) Elia, mañana habeis de ser esposa del conde del águila ó de Dios!)

ELIA. Ah!

ALF. (No le perderé de vista!) (*cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en un torreon antiguo. Puerta grande al foro que á su tiempo ha de dejar ver una capilla. Al lado de la del foro otras dos que comunican con el esterior. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

ELIA, ELVIRA.

ELV. Cuándo os habeis de consolar?

ELIA. Jamás, jamás podré consolarme, hasta que me vea en los brazos de mi padre.

ELV. No os ha ofrecido el mio, que pronto le vereis?

ELIA. Ah!.. Perdonad, Elvira; pero ya no creo en las palabras de vuestro padre.

ELV. Y aqui estais muy bien, mi padre os quiere mucho.

ELIA. (Ah!.. Demasiado tal vez.)

ELV. Y os cumplirá su palabra. Hace mas de tres meses que estais en nuestra compañia en este castillo.

ELIA. Ah! y mi único consuelo habeis sido vos, vos que os interesais por mi como si fueseis mi hermana.

ELV. Es cierto, os he tomado mucho cariño; de modo que cuando mi padre os llevó con él á la ciudad, y yo me quedé sola con mi dueña en este castillo, no podeis considerar lo que sufri, solo pensaba en vos y deseaba con ansia el dia de vuestra llegada, que por ventura se ha verificado esta mañana.

ELIA. Oh! gracias, Elvira mia; tambien yo deseaba volver á veros.

ELV. Y cómo os ha ido en la ciudad?

ELIA. Muy mal; no he salido del palacio de vuestro padre, como no salgo jamás de esta torre.

ELV. Eso es tal vez lo que os incomoda; acostumbrada á otra vida de mas libertad...

ELIA. Oh! si. No puedes figurarte cuán feliz era en mi tranquila cabaña á orilla del mar. Alli gozaba el puro ambiente de la playa, y ligera como las olas que se estrellaban á mis pies, corria siempre en busca de las pintadas conchas de la orilla; el canto de los marineros me alegraba, y al rumor de las ondas me dormia, arrullada por las brisas de la tarde. Oh! cuán feliz era entonces! Mi corazon latia por un pobre pescador, y él era mi dicha y mi bienestar. Por qué quiso la fortuna alejarme de alli? Este cielo oscuro y nebuloso me entristece; estas paredes lóbregas y sombrías me ahogan; quiero respirar el aire de mi playa;

quiero bañar mis pies en sus purisimas olas, quiero abandonar este lugar, que es la tumba de mi felicidad. Oh! Yo que tanto esperaba en el porvenir! Si hubiera sabido la desgracia que iba á sucederme, habria sido siempre muy infeliz?.. El velo que cubre los acontecimientos futuros, está tegido por la mano de la misericordia!

Elv. Estraño vuestro lenguaje. Será que yo acostumbrada á vivir aqui, no comprendo esa felicidad que vos me pintais.

Elia. Oh! no, no la comprendeis, Elvira. Si vivierais un año en mi cabaña, creedme, no desearíais volver á esta mansion del silencio y las tinieblas.

Elv. Pues bien; cuando mi padre os dé á conocer al vuestro, iremos juntas á visitar esa playa.

Elia. Dios lo quiera.

Elv. Os dejo un momento; voy á ver si mi padre ha descansado.

Elia. Id con Dios, Elvira.

ESCENA II.

Elia.

Oh! que terrible incertidumbre! Si, era él, era él, no tengo duda; aquel disfraz no ha podido ocultarle á mis ojos. Pero por qué casualidad supo nuestra estancia en aquel meson? Qué terrible noche! Las amenazas del conde me aterran? Qué haré, Dios mio! qué haré? Alfredo, puesto que ya sabe mi encierro, no deberá perder ocasion de poderme ver. Cielos! inspiradle un medio de librarme de esta esclavitud! Oh! él no dejará de visitar los alrededores de la torre. Si acaso pudiera verle por entre las celosias de mi habitacion? Dios mio! protegednos á los dos! (*entra por la izguierda.*)

ESCENA III.

Anselmo, *por la derecha del foro.*

Pues señor, bien; todo va saliendo perfectamente hasta ahora. Mañana emprenderé mi viaje al estrangero, y nadie será capaz de descubrir mi paradero. Ah!.. Es verdad que he cometido una accion infame; el rey, que depositaba en mi toda su confianza... Pero ba, al fin poco podrá importarle á Su Alteza la pérdida de una hija á quien no conoce, fruto ademas de amores ilegítimos. Lo ciertó es, que esta traicion me ha valido de parte del conde un capital bastante decente para atender á mi futura subsistencia. Nada, escrúpulos á un lado y contentémonos con lo hecho.

ESCENA IV.

Brigida, Anselmo.

Bri. Anselmo, tan descuidado andais, cuando el señor conde quiere que en el momento se dispongan todos los preparativos para su boda?

Ans. Pche... y nosotros qué le hemos de hacer? Para una boda no se necesita mas que el sacerdote que dé la bendicion.

Bri. Y qué os parece, la niña irá contenta al altar?

Ans. Lo dudo.

Bri. Ella alimenta todavia en su pecho alguna pasion.

Ans. Pero pasion que no podrá satisfacer. Es el único remordimiento que me queda; el pobre pescador á quien esa niña adoraba, fue á servir de pasto á los peces, á poca distancia de la playa, con una herida en el pecho, que hubiera bastado por sí sola á darle lá muerte.

Bri. Y ella lo presenció?

Ans. No, á ella se le dijo, que el pescador, no teniendo acaso valor para seguirla y abandonar sus hogares, se habia arrojado al mar y llegado nadando hasta la playa. Le fue dificil al principio creerlo, pero luego tuvo que tomar el partido de convencerse.

Bri. Y ella no ha perdido todavia la esperanza de encontrar á sus padres?

Ans. Es claro; como que el señor conde no deja de asegurárselo.

Bri. En fin, la capilla está dispuesta y todo corriente; en breve, por voluntad ó por fuerza, será ante Dios esposa del conde.

Ans. Y qué dice á todo esto la hija del señor conde?

Bri. Elvira, inocente, cree en lo que su padre la ha contado, y no se separa un momento de Elia, procurando consolar su tristeza. Ay! cuán caros cuestan á las jóvenes los caprichos de estos señores. En mi tiempo tambien hubo un maldito conde que se prendó de mi..:

Ans. Bueno, bueno, dejadme de cuentos. Voy á ver si el señor conde me necesita.

ESCENA V.

Brigida.

Habrá necio!.. Porque el señor le honra con su confianza ya está tan hueco y engreido!.. Veré si Elia ha entrado en su cuarto; el señor conde me encarga que no la pierda de vista un momento, y en verdad que tiene razon; porque yo con la escena de anoche en la posada, ya empiezo á creer en las apariciones que cuentan de este castillo.

ESCENA VI.

Brigida, Elia.

Bri. Ah! aqui está.

Elia. (*guardando un papel.*) (Ah! no estoy sola.)

Bri. Habeis descansado ya del viage?

Elia. Si, me siento perfectamente.

Bri. (Hoy tiene un aire mas risueño.) Poco á poco os ireis acostumbrando á vivir en este castillo y sereis tan feliz como Elvira, que ha nacido en él.

Elia. Si, creo que con el tiempo iré acostumbrándome. Brígida, dejadme sola, quiero estar sola un momento.

Bri. Como gusteis. (Voy á noticiarle al conde esta favorable mudanza.)

ESCENA VII.

Elia.

Ya estoy sola. Ah! bien me lo decia el corazon; le he visto, le he visto al pie de la torre con su hábito de peregrino, fijas las miradas en las espesas celosias. Oh! como han brillado sus ojos al distinguir mis facciones, y como se ha dilatado mi corazon al distinguir las suyas. Me enseñó un papel y al punto comprendí su intencion; un hilo arrojado desde mi ventana, ha sido el conductor de esta carta que es para mi un tesoro. Apenas alcanzo á comprender sus planes, y cuanto mas la leo... (*leyendo.*) «Elia, quizás en breve podré penetrar en la torre que os guarda; hasta tanto no opongais ninguna resistencia á las palabras del conde, que podria perderos; guardad vuestro honor, que yo guardaré vuestra vida; pero no desespereis á mi rival. Sé que hoy es el dia designado para que la bendicion de un sacerdote os haga suya para

siempre; dad esperanzas al conde hasta el último momento, que yo llegaré á vuestro lado antes que se cumpla el sacrificio.» (*habla.*) Cielos! no sé qué hacer! Ah! Creo oir la voz del conde. (*guardando la carta.*)

ESCENA VIII.

Elia, *el* Conde.

Con. Guardeos el cielo.
Elia. Señor!...
Con. Sé que en esa faz sombria
de la dicha y la alegria
vuelve el color á brillar.
Dejad, que el tiempo, señora,
tornará la dulce calma,
y borrará de vuestra alma
las huellas de ese pesar.
Los bienes tras de los males
van en carrera seguida,
pues no es eterno en la vida
el gozar ni el padecer,
y entre las negras almenas
de un solitario castillo,
tambien en horas serenas
puede encontrarse el placer.
Elia. Triste palabra que el viento
llevó por mi mal.
Con. Señora,
parece que vuestro acento
es la espresion del dolor.
Aqui teneis quien os ama
sin mirar vuestros rigores,
y es iman de sus amores
ese rostro seductor.
Y el hombre que asi suspira
por ganar vuestro cariño,
solo en su poder aspira
vuestro deseo á llenar.
Elia. Todo aqui me es importuno;
entre estas toscas paredes,
comprendo que no hay ninguno
que sepa lo que es amar.
Con. Perdonad, señora mia;
bajo el acero bruñido
todo un corazon herido
puede latir con ardor;
y, por desgracia, igualmente
bajo una cota de hierro,
en un corazon ardiente
puede esconderse el amor.
A todos su dardo alcanza,
todos en el mundo amamos,
y mas ó menos pensamos
que es nuestra dicha mayor.
Y no siente quien no quiere
confesar el bien que adora,
que hasta las fieras, señora,
pueden morirse de amor!
El nuestra vida alimenta,
es el iris de ventura
que mitiga la tormenta
en los mares del pesar.
Pues el cielo en sus juicios,
para ahorrarnos padecer,
despues del mal de nacer
nos dió la dicha de amar.
Es la esperanza que luce
en nuestro plácido sueño,
es el fantasma alhagueño
que nos pinta á la muger.
Y en nuestras penas mayores,
como bálsamo divino,
es consuelo de dolores
y manantial de placer.
En el caliz de las flores,
en el canto de las aves,
y entre los ecos suaves
del rio murmurador,
se encuentra el alma que adora.
Esta es su exacta pintura;
preguntadme pues, señora,
si yo comprendo el amor!
Elia. (Procuraré contenerme
sin contrariar sus palabras.)
Casi lograis convencerme
con esa pintura.
Con. Oh! Si.
Y puede ser que algun dia,
cuando me digais te adoro,
comprendais todo el tesoro
de amor, que yo guardo aqui.
Vuestro padre, que no aparta
de su hija el pensamiento,
dice en su última carta
cuanto su placer será
si obediente y sin desdenes,
para calmar su alegria,
vuestra mano con la mia
unimos junto al altar.
Perdonadme que os recuerde...
La escena de anoche llena
el pecho mio de pena;
desea mi corazon
que no vuelva á repetirse,
y asi antes de media hora
un sacerdote, señora,
nos dará su bendicion.
(No se conmueve.)
Elia. (Qué escucho!)
Si mi padre asi lo manda,
obedecerle no es mucho.
Os daré mi mano.
Con. Oh Dios!
Elia. (Dadme valor, esperanza!)
Con. Ah cuán dichoso me haceis!
Bien haya vuestra mudanza
que tanto vale á mi amor!
Yo os prometo, que dichosa
habeis de ser á mi lado,
y que vuestra faz hermosa
ha de lucir por doquier.
De mi castillo y riqueza
disponed ya sin medida,
y... qué digo, de mi vida
tambien podeis disponer.
Y cuando bella, hechicera,
os contemple el mundo entero,
yo, arrogante caballero,
pondré á esos pies mi valor;
y diré á los que os admiren:
la dama cuyos primores
envidian aves y flores,
es la prenda de mi amor!
Elia. Perdonad que me retire.
(Que llegue á tiempo, Dios santo!)
Con. Me privais de vuestro encanto;
mas si lo quereis...

Elia. Señor...
Con. (Me embriaga su hermosura!)
Elia. (Ay! su cariño me mata!)
Con. (Ilusion, dame ventura!)
Elia. (Dame esperanza, valor!) (*entra por la izquierda.*)

ESCENA IX.

El Conde.

Rugir ya puede en tempestad bravia
el aquilon sañudo, no le temo,
que aunque arrancára de raiz el alma,
segar no puede la esperanza mia.
Vino á brotar risueña y placentera
entre las pardas torres de un castillo;
de esa muger la imágen hechicera
volvió al alma la dicha y la alegria,
y aunque la suerte se opusiese fiera,
romper no puede la esperanza mia!
Gocémosla sin fin, tranquila y pura,
dentro del alma vivirá constante
y el iris de ventura
será del pecho amante.
Gocémosla sin fin, que en este dia,
para nunca morir, serena y bella
brotó la flor de la esperanza mia!

ESCENA X.

El **Conde, Anselmo.**

Con. Todo está prevenido para la ceremonia? (*á Anselmo.*)
Ans. Nada falta. (*se oye un clarin de caza.*)
Con. Ese sonido?..
Ans. Es el aviso de los cazadores del rey que dan la señal para la batida.
Con. Su Alteza acaso?...
Ans. Parece que está de caza con su corte en el cercano soto.
Con. (Ah!) Venid conmigo. (*vase por la puerta derecha del foro.*)

ESCENA XI.

Brigida, Alfredo *en trage de peregrino por la puerta izquierda del foro.*

Bri. Entrad, entrad, buen peregrino; al señor conde no disgustará la hospitalidad que os hemos dado: además, que ya os conocemos. Ay! no podeis pensar el susto que llevé la noche pasada! Qué opinais de aquella aparicion?
Alf. Qué sabemos lo que Dios tiene determinado en sus altos juicios?
Bri. Yo, por mi parte, creo que fuc el demonio; estoy casi segura.
Alf. Y á vuestra señorita, le hizo acaso algun efecto?..
Bri. Oh! Muy saludable; porque desde ayer está mas risueña que nunca. Lo que tampoco tiene nada de estraño, porque ya veis, hoy ha de entregar su mano al señor conde, y á las muchachas bonitas, por mas desdeñosas que sean, siempre las llama la atencion esto del matrimonio. Ay! dígalo yo que...
Alf. Conque hoy ha de dar su mano al conde?
Bri. Dentro de breves momentos, en la capilla del castillo.
Alf. (Gracias, Dios mio! he llegado á tiempo!) Dios que les haga muy felices!
Bri. Amen. Y no quereis descansar? Si habeis andado mucho hoy, estareis fatigado.
Alf. No, el Señor nos dá fortaleza para todo. Ya que me habeis concedido hospitalidad en este castillo, conducidme á la capilla, para que pueda dar gracias al cielo y rogar por la dicha de los que van á ser desposados.
Bri. Como gusteis. Venid por aqui.
Alf. (Dónde estará Elia?)
Bri. (Se conoce que es un santo varon.)
Alf. Yo impediré hasta con mi última gota de sangre este matrimonio. (*vase por la izquierda del foro.*)

ESCENA XII.

El Conde, Anselmo, *dos caballeros, guardias, etc, por la derecha del foro.*

Con. Ya está todo corriente para la ceremonia. Señores, vosotros sereis los únicos testigos de mi boda, para poder dar fé de ella, en cualquier tiempo. Anselmo, avisad á Elia. (*Anselmo entra por la izquierda.*) Nadie mas que vosotros, mis fieles servidores, habeis de saber por ahora este matrimonio, que hoy es secreto, por asuntos de familia, hasta el dia en que á los intereses de ambas partes convenga divulgarlo.

ESCENA XIII.

Dichos, **Elia.**

Con. Ha llegado el momento.
Elia. (Dios mio! Y él no viene!)
Con. Elia, ante Dios y los hombres, aceptais la mano del conde del Aguila Negra?
Elia. (Oh! Esperanza, no me abandones!) Si.
Con. Anselmo, abrid las puertas de la capilla. (*Anselmo abre la puerta del foro; dándole la mano á Elia.*) El sacerdote nos espera, vamos.

ESCENA XIV.

Dichos, **Alfredo**, *saliéndoles al encuentro por la capilla.*

Alf. Deteneos.
Elia. (El es!)
Con. Quién atrevido
se atreve á interrumpir al conde? Paso.
Alf. Perdonadme, señor, si hora he venido
á interrumpir la ceremonia; luego
podreisla continuar con mas sosiego.
Con. Acabemos.
Alf. Señor, antes que el cielo
bendiga vuestra union, deber es mio
contaros una historia,
que á vuestro honor y lealtad confio.
Con. Y quién sois vos? Recuerda mi memoria
haberos visto...
Alf. Señor, y no hace mucho,
en la posada. Un pobre peregrino,
que halló en la torre albergue en su camino.
Con. Acabad, vive Dios, que ya con ira,
vuestra molesta relacion escucho.
Alf. Mi historia os interesa,
y os ruego me dejeis que en un momento,
la traslade hasta vos mi rudo acento.
Con. Pues bien, sed breve, porque os vá la vida,
y acabad de una vez.
Alf. Voy en seguida.
Sabed que, hace algun tiempo, en una playa,
y entre las brisas de la mar mecida,
cual dulce estrella que en el cielo mora,
vivia una doncella encantadora.
Era feliz entre las rudas flores

de la fresca ribera,
y pura y hechicera,
sus ensueños mejores
de un pescador constante los amores.
Con. (Cielos!)
Elia. (Ah!)
Alf. Quiso un noble caballero,
prendado de la tímida doncella,
poseer su cariño,
y una red la tendió, por desventura
la jóven cayó en ella, é inocente
siguió al noble señor, que la engañaba,
y á una torre llevóla, do entre horrores
á la jóven guardába
el tormento cruel de sus amores.
Con. Os mando que calleis!
Alf. Haceislo tarde;
nadie la voz ahoga en mi garganta,
que al hombre, que cual vos, no fué cobarde,
nunca el temor ni aun el poder espanta!
Oh! la mano de Dios hoy me coloca
en el camino que seguis; tirano,
quisistes comprar cara la alegria,
no temo vuestra impávida osadía;
del mismo Dios me sostendrá la mano!
Con. (Oh furor!)
Alf. La doncella de la playa,
es la inocente jóven que me escucha;
el noble caballero,
el conde, que al altar la conducia.
Con. Oh! temed mi furor! (*sacando la espada.*)
Elia. Ah! (*interponiéndose.*)
Alf. No te temo,
(*sacando su espada debajo del hábito.*)
escrito está de ambos el destino.
Con. Quién sois, decid?
Alf. Acabaré la historia;
haced, buen conde, si quereis, memoria.
El pobre pescador... El peregrino!
(*quitándose la barba y la capucha.*)
Con. Ira de Dios!
Elia. Alfredo! (*en sus brazos.*)
Alf. Si, Elia mia!
Ans. (Oh! mala punta mi puñal tenia!)
Con. Señores, un momento
aguardad en el próximo aposento,
que todo concluido
quedará muy en breve.
(*salen todos; á Anselmo.*)
(Observad vos, Anselmo.)
Ans. (He comprendido.)
(*entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XV.

El Conde, Elia, Alfredo; *Elia y Alfredo están colocados junto á la puerta de la izquierda.*

Con. Y qué pretende el pescador á quien ocultaba ese disfraz?
Alf. Pretendo arrebatar al leon su presa.
Elia. Oh! sálvame, Alfredo!
Con. Muy arrogante tiende sus alas el águila altanera. Pero os equivocais; vuestra estremada osadía os trajo á mis manos, y juro á Dios que los calabozos del águila negra no abandonan su presa como las olas del mar.
Alf. No importa; sé que aqui encontraré la muerte, pero la encontraré con ella, y moriré defendiéndola.

ESCENA XVI.

Dichos, **un Guardia.**

Guar. Señor, su Alteza el rey acaba de llegar á las puertas del castillo y pretende veros. (*se retira.*)
Con. Ah!
Alf. El cielo nos ampara! El rey, el rey sabrá librarnos de vuestra venganza.

ESCENA XVII.

Dichos, **Anselmo** *y otro criado salen por la izquierda con puñales sin ser vistos.*

Con. Oh! yo os aseguro que para nada os servirá su venida.
(Anselmo de pronto se apodera de Alfredo, poniéndole al pecho el puñal y un pañuelo en la boca. El conde coge al mismo tiempo del brazo á Elia, y la separa con fuerza. Todo muy rápido.)
Alf. Ah! traidores!
Elia. Alfredo! Dios mio!
Con. Conducidle. (*á Anselmo y al otro criado que hacen entrar á Alfredo por la izquierda.*)
Con. (*á Elia.*) Y vos ahi. (*empujándola hácia la puerta de la derecha y cerrando.*)
Elia. Ah! Socorro! Dios mio!
Con. (*despues de cerrar la puerta.*) Ahora á recibir al rey. (*se dirige al foro y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Decoracion cerrada que figura una prision. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

Anselmo *solo.*

Pues señor, de buena hemos escapado. Su Alteza, que queria descansar de la caceria en el castillo, no ha podido advertir la escena que pasaba á su llegada. Maldito pescador! Conque era él el supuesto peregrino, que se atrevió á penetrar aqui oculto con su disfraz? Y sin duda él seria tambien el fantasma que todas las noches, al dar la una, aparecia alrededor de la torre, atemorizando á los sencillos campesinos. Oh! yo le aseguro, que ahora pagará juntas todas sus hazañas. De este calabozo no le salvará nadie, como pudieron salvarle de las olas. Si el rey llegára á descubrir que el conde del Aguila ha sido el raptor de su hijá, y que en este castillo se encuentra el que ha vendido su secreto... Oh! no debo permanecer aqui mas tiempo. Su alteza haria castigar de una manera horrible mi traicion. Qué hará el prisionero en este momento? Estará acaso inventando algun medio de escapar? Trabajo le mando si ha de conseguirlo.

ESCENA II.

Anselmo, Brigida.

Ans. Ola! Qué noticias traeis de la linda prisionera?
Bri. Malas, como siempre; cada vez está mas triste, y el lance de ayer ha acabado de afligirla.
Ans. Vos tuvisteis la culpa, dejando entrar al peregrino.
Bri. Qué quereis? Pidió hospitalidad por algunas horas, y quién habia de negársela, cuando su apariencia...

Ans. Es que no se debe nunca fiar de las apariencias.
Bri. Bá, á vos os hubiera sucedido lo mismo.
Ans. Y se llevará á cabo hoy la ceremonia, interrumpida ayer tan bruscamente?
Bri. Creo que si; á lo menos todo está preparado.
Ans. Ya deseo que el conde pueda llamar su esposa á esa muger.
Bri. Yo aseguro que ella no lo deseará tanto. No habeis visto al prisionero?
Ans. No, estará descansando. Voy á ver si el señor conde me manda algo.

ESCENA III.

Brigida.

Ay ! La debilidad pierde siempre á las mugeres ! No puede una tener sensible corazon , porque á veces esta misma sensibilidad hace faltar á los mayores deberes. Pero , ay ! quién no se rinde al ver tan tiernos y tan contrariados amores! Pobre señorita ! Por satisfacer el capricho de un conde, vá á perder la felicidad de toda su vida. Nada mas natural que una jóven pescadora ame á un pescador ; y el señor conde , cómo nos habia ocultado á todos esos amores ! Pero el peregrino los descubrió. Me siento inclinada á proteger á los pobres amantes, sin que lo sepa el señor conde. Si , ya le he dado palabra á Elia , y quiero cumplirla.

ESCENA IV.

Brigida, Alfredo *por la izquierda.*

Alf. Quién está aqui? Dejadme solo.
Bri. Perdonad ; pero no debierais tener tan mal genio con quien viene á haceros un favor.
Alf. No necesito favores de nadie , quiero estar solo.
Bri. Solo ! Vaya , que si yo supiera proporcionaros una compañia que no os desagradará...
Alf. Sois por demas molesta.
Bri. No os molestaria tanto vuestra adorada Elia , si yo pudiera hacerla llegar hasta aqui.
Alf. Ah! Qué decis?
Bri. Chit ! Silencio , silencio ; no decia yo que os pondriais de buen humor?
Alf. Ah! Quereis vos tambien burlaros de mi situacion? Reparad que mi furor...
Bri. Eh... Qué pronto se olvidan los beneficios recibidos ; no recordais que á no ser por mi, no hubierais impedido el matrimonio...
Alf. Es verdad ; pero entonces obrásteis sin conocerme; el peregrino os agradece la hospitalidad ; pero el amante nada os debe.
Bri. Pues bien , ahora quiero yo que el amante me agradezca algo tambien, como el peregrino. En fin, las lágrimas de Elia , han enternecido mi corazon , y una dueña al fin, es una muger , y nada hace tanto efecto en la sensibilidad de una muger , como unos amores desgraciados. Elia vendrá á veros dentro de algunos momentos.
Alf. Oh! Felicidad! Dejadme besar vuestras plantas.
Bri. Caballero, caballero, cualquiera diria que soy yo la amante. Dejad , dejad esos entusiasmos para luego.
Alf. Mi vida será poco para pagaros este servicio.
Bri. Vuestro agradecimiento me es bastante. Voy á avisar á la tierna paloma.
Alf. El cielo os premie el bien que me haceis.
Bri. Amen. (Pobrecillos ! Al fin y al cabo todos hemos hecho lo mismo, y nos hemos alegrado de tener quien protegiera nuestros amores. Dios me lo tome en cuenta.)

ESCENA V.

Alfredo.

Oh! felicidad! Vuelvo á verla! Qué me importa morir despues ! Infame conde , has querido arrebatarme un tesoro; pero oh ! teme el castigo del cielo. Habrá llevado Tomás á su destino la carta que le entregué antes de penetrar en este castillo? Nada sé; lucho entre la esperanza y el temor. Si Tomás viniera por los alrededores de la torre! Si acaso pudiera distinguirle por entre los hierros de la reja... Oh! Señor, Señor , salvadnos si es posible! (*entra por la izquierda.*)

ESCENA VI.

Brigida, Elia.

Bri. Entrad, señora, entrad; ay! Dios sabe cuánto sacrificio me cuesta el dar este paso!
Elia. El cielo te lo premiará.
Bri. Vamos, ya que ha llegado la ocasion, aprovechadla. Estará dentro, pero no tengais cuidado ; la impaciencia no le detendrá mucho tiempo sin salir. Os dejo sola ; hablad con él descansadamente ; yo corro á guardar la puerta , y vendré á avisaros de cuanto suceda.

ESCENA VII.

Elia.

No es tanta mi desventura,
pues puedo volverle á ver;
oh! nunca entera se apura
la copa del padecer!
Aqui la muerte le espera;
no hay duda, se vengará,
y despues que Alfredo muera...
esposo mio será?
No, jamás; sabré morir
como llegue á suceder.
De qué me sirve vivir
para no poderle ver?
Por qué, cielos, me tratais
con tan injusto rigor?
Si no es delito mi amor,
por qué asi le contrariais?
Aman las aves, las flores,
y en su constante ventura,
solo turba sus amores
el soplo del aura pura.
Aman los prados la aurora
cuando con matices mil,
en las mañanas de abril
su verde yerba colora.
Ama el tierno ruiseñor
en la tranquila enramada,
cuando con trinos de amor
llama cantando á su amada.
Y un alma á otra sujeta
gozan de un bien sin segundo,
porque amar en este mundo
es la dicha mas completa!
Solo á mi me la negais,
cielos, con vuestro rigor!
Por qué asi lo contrariais
si no es delito mi amor?
Mas voy á verle, oh placer!
Un momento de ventura!
Ay! nunca entera se apura
la copa del padecer!

ESCENA VIII.

ELIA, ALFREDO.

ALF. (No le he visto.)
ELIA. Mi Alfredo!
ALF. Vida mia!
Vuelvo á estrecharte entre mis brazos?
ELIA. Deja,
Alfredo, que tu súbita alegria,
turbe un momento mi amorosa queja.
ALF. Qué dices?
ELIA. Por qué ayer en el castillo
entraste, temerario,
á esponerte á la furia de ese hombre?
ALF. Elia mia, no estrañes que me asombre
al escucharte; acaso preferias
que dejára al milano
su tímida paloma,
ó que las bellas esperanzas mias
abandonára á su atrevida mano?
Qué fueras hoy su esposa?..
ELIA. No, no acabes.
Piensa un instante en lo que yo he sufrido.
Oh! Alfredo, no, no sabes
que el pecho mio herido,
solo por ti la vida ha resistido.
Mas temo que del conde la venganza,
acabe de una vez nuestra esperanza.
ALF. Si asi sucede, si á mi humilde ruego
sordo está el cielo, y su piedad no envia,
júrame, Elia, por tu amor, qué luego
que el hilo corte de la vida mia...
ELIA. La mia acabará, yo te lo juro;
y unidas las dos almas, sin temores,
ya que en el duro suelo
felicidad no hallaron sus amores,
la encontrarán en el amor del cielo!
ALF. Tu voz me dá valor; venga el villano
á insultarme; por Dios que no le temo;
que si él con su poder se muestra ufano,
yo le desprecio; que en mi amor confio,
y mas seguro que su honor vá el mio!
ELIA. Qué cambio tan fatal en un momento!
ALF. Inconstancia del mundo y sus rigores!
ELIA. Ir á tocar la dicha, y por tormento
coger espinas en lugar de flores!
Cuán felices alli, junto á la playa,
nuestro constante amor nos prometimos!
Cuán felices vivimos
aquel tiempo de dicha y de inocencia!
Las claras olas nuestro amor oian,
y en sus ecos los vientos
alegres repetian,
de nuestro casto amor los juramentos!
La luz de la alborada
teñia nuestra frente;
y en la tranquila noche dulcemente,
á tu lado sentada,
sin enojos ni agravios,
frases alegres, amorosas, bellas,
oia de tus labios,
al fulgor de las pálidas estrellas!
ALF. Y cuando el cielo nebuloso y frio
su sombra tenebrosa difundia,
tu pecho unido junto al pecho mio,
tu purísima sien junto á la mia,
en murmullo sonoro
el eco repetia,
nuestra constante esclamacion: Te adoro!
ELIA. Cuán fugaz es la dicha!
ALF. Cuán pequeños
los bienes de este mundo!
ELIA. Pero vuelvo á abrazarte.
ALF. Aun halagueños
pudieran ser para los dos.
ELIA. Qué dices?
ALF. Vana esperanza que mi fé alimenta;
no podemos jamás ser ya felices;
solo morir, pensando
en la dicha que un tiempo hemos tenido;
recuerdo triste del placer perdido!

ESCENA IX.

Dichos, BRIGIDA.

BRI. Ay! Vírgen Santísima; nos hemos perdido! El señor conde se acerca.
ELIA. Ah!
ALF. Dejadle.
BRI. Ah! No, no, jamás; me daria á mi toda la culpa; ocultaos, ocultaos en cualquier parte, señorita.
ALF. Aqui mismo.
ELIA. Cielos! Amparadnos! (*entra por la izquierda.*)
BRI. (Ay! Dios haga que no me cueste caro el proteger estos amores! Siempre los beneficios le han de salir á una á la cara.)

ESCENA X.

ALFREDO.

Ah! Infame conde, no es todavia tuya la presa; aun está en mi poder, y sobre mi cadáver habrás de pasar para recoger el suyo. Dios mio! Si Tomás llegará á tiempo, si no nos abandona el cielo! Ah! Aqui está el conde.

ESCENA XI.

ALFREDO, CONDE.

CON. En paz descanse el noble peregrino.
ALF. Nunca burlas sufri, conde, y espero
no volverla á escuchar, que si en el cinto,
por fortuna, llevado
hubiera yo mi acero,
ni aun una vez la hubierais pronunciado.
CON. Por Dios, que está arrogante
el pescador amante.
ALF. Quien no teme la muerte, la desprecia;
porque si al cielo plugo
que un noble conde fuera mi verdugo,
de la saña inclemente,
ante el cielo no mas doblo mi frente.
Puede acaso un villano
de la muerte temer el rostro fiero;
pero jamás la teme un caballero!
CON. Caballero? Lo sois?
ALF. A qué fingirme;
desde el primer momento conoceisme.
CON. Sin embargo, los trages...
ALF. Encubrirme
para vos no han podido.
CON. Pues bien, porque os conozco,
hoy que en mi mano os tengo
por ventura, os prevengo
que seguirán unidos un destino...
pescador, caballero y peregrino.
El que atrevido allana casa agena

bajo un ropage que su nombre encubre,
debe sufrir la pena
del deshonor y de la muerte.

Alf. En vano
vuestro poder tirano
quereis hoy egercer; la muerte dadme,
no importa; al estertor de mi agonia
otra existencia acabará la mia!

Con. Jamás ella sabrá de vuestra suerte;
ignorará que presa de la muerte
habeis vos sido, y, mi constante esposa,
al fin el tiempo borrará su pena,
y será con mi amor siempre dichosa!

Alf. Mal lo pensastes; tu poder no alcanza
á realizar un punto tu esperanza.

Con. Quién me lo impide?

Alf. El cielo; fuerte muro
donde se estrella tu poder.

Con. Villano!
Quién evitar podrá que una mi mano
á la de esa muger, y nuestras almas
en éstasis divino
se adoren y confundan?
El noble? El pescador? El peregrino?

Alf. Miserable!

Con. Silencio!
En breve morirás; demanda al cielo
que te conceda una tranquila muerte.

Alf. Ay de ti, cuando el Dios de la clemencia
acabe tu existencia!

Con. Aun tardará; encomiéndale la tuya.

Alf. Cobarde, vil, que en mi dolor te ensañas!

Con. Desprecio tu furor.

Alf. Ya lo comprendo;
desprecio tu venganza.

Con. Mal lo entiendo,
cuando la vida tienes en mis manos.

Alf. Es terrible castigo;
mas del crimen la sombra aterradora,
á todas partes llevarás contigo
en la conciencia.

Con. Bueno; por ahora
prepárense á seguir el mismo sino
el noble, el pescador y el peregrino. (*vase.*)

ESCENA XII.

Alfredo.

Oh! Venga la muerte; no la temo, mientras Elia esté á mi lado, mientras ella recoja mi último suspiro. Oh! ya no queda ninguna esperanza; hasta mi mas fiel amigo me ha abandonado! Morir! pero ah! mi verdugo no se gozará en mi muerte, porque encontrará dos cadáveres donde pensaba hallar la felicidad.

ESCENA XIII.

Alfredo, **Anselmo**, *con un vaso de agua.*

Ans. Aqui está! Ea, el último servicio prestado á mi señor; un crimen mas en el libro de mi vida. (*acercándose á la mesa y sacando un pomito del bolsillo.*)

Alf. Qué quereis?

Ans. Perdonad, pero no hago mas que cumplir las órdenes del señor conde. (*vaciando el pomito en el vaso.*)

Alf. Ah! Malvado! Comprendo, eres el instrumento de su venganza.

Ans. Soy el ejecutor de sus mandatos.

Alf. Es decir que en ese caso...

Ans. Está la muerte á vuestra disposicion, para que hagais uso de ella lo mas pronto posible.

Alf. (Cielos!)

Ans. Perdonadme, y procurad morir como buen cristiano.

ESCENA XIV.

Alfredo.

Ah! Cómo se venga el infame! Pero no, no cumplirá con la venganza sus deseos. (*acercándose á la puerta.*)

ESCENA XV.

Alfredo, **Elia.**

Alf. Ven, Elia mia; ha acabado ya nuestro sufrimiento.

Elia. Qué dices?

Alf. El cielo nos deja morir juntos.

Elia. Cómo!

Alf. Ese vaso encierra la muerte.

Elia. Ah! Comprendo!

Alf. Estás decidida?

Elia. Si!

Alf. Pues vamos. (*se oyen voces y murmullos.*)

ESCENA XVI.

Dichos, **Brigida.**

Bri. Ay! Vírgen Santísima! No ganamos para sustos en esta maldita torre.

Alf. Qué ha sucedido?

Bri. Qué sé yo; hay un rebullicio de dos mil demonios; los guardias se arman, el conde coge su espada, todos corren arriba y abajo; el puente levadizo está lleno de soldados, que pretenden entrar á viva fuerza, á pesar del rastrillo que les detiene el paso á la puerta. Cielos! esto es peor que las apariciones. (*se oyen voces.*)

Alf. Ah! Qué rayo de esperanza! Elia mia!

Elia. Alfredo, la alegria se pinta en tus ojos.

Alf. Si, Elia, si; confiemos en Dios.

Bri. Si, confia en tu amada, y no corras.

Alf. Las voces crecen. Entra, Elia, entra en ese aposento.

Elia. Cielos! No comprendo...

Alf. Aguardemos un instante. (*entra por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

Brigida.

Eso es; él con llevarse la niña está satisfecho. Dios mio! Dios mio! Qué vida tan terrible y tan intranquila! Ay! si salgo bien de esta, ofrezco retirarme á un convento. (*siguen las voces.*)

ESCENA XVIII.

Alfredo.

Oh! Continúa la confusion! Cielos, qué terrible incertidumbre! Si se cumpliera mi esperanza! Siento ruido de pasos! Oh! acaso por un momento pierda mi existencia y mi felicidad; no, defenderé la puerta hasta el último instante. (*retirándose y cerrando.*)

ESCENA XIX.

El Conde, *por el foro.*

Ah!.. maldita suerte! Me han herido! Infame! infame! el que ha vendido mi secreto! Oh! penetrarán, penetrarán todos en el castillo, y... Ah! Me ahogo... me ahogo... nadie... me socorrerá... me ahogo... Ah! (*reparando en el vaso de agua que hay sobre la mesa.*)

Gracias, Dios mio! (*lo coge y bebe con ansiedad.*) Ah! se calma mi fatiga... me siento aun con fuerzas...
VOCES DENTRO. Aqui, aqui está.
CON. Oh! no, me defenderé... mi espada! (*cogiéndola.*)

ESCENA XX.

EL CONDE, CAPITAN, *soldados, etc.*

CAP. Daos á prision en el nombre del rey.
CON. No, le llevareis solamente mi cadáver. (*les acomete y se defiende.*)

ESCENA XXI.

Dichos, ROBERTO *y* TOMAS *por el foro*; ALFREDO *y* ELIA *por la izquierda.*

ROB. Deteneos!
CON. Ah! (*cayendo en el sillon.*)
ELIA. Padre mio!
ROB. Hija mia!
TOM. Yo, yo he sido el autor de vuestra libertad.
ALF. Amigo mio!
CON. Maldicion! Mi... cabeza... se pierde... mi cerebro... Ah! Quién, quién se ha atrevido á penetrar en mi castillo?

ESCENA XXII.

Dichos, EL REY.

REY. El rey de España.
TODOS. El rey!
CON. Ah!
REY. Alzaos, nadie ante mi debe doblar la rodilla mas que la infamia y el crimen.
ROB. (*bajo á Alfredo.*) Elia es hija del rey, pero con nosotros ha de morir este secreto; que ella no lo sepa jamás; por tu carta, que Tomás llevó á palacio, supo el Rey su paradero, y hoy viene á librarla de las garras de su raptor.
CON. Ah!.. El cielo me castiga... me ahogo... me ahogo... Ah! qué idea! Esa agua... esa agua, que he bebido...
ALF. Habeis bebido? Ah! era la muerte!
CON. Oh! mal... di... cion!.. Mi muerte es segura.... per... do... nad... me... Señor... tengo una hija.... una hija...
ALF. Morid tranquilo; vuestra hija será siempre la hermana de mi esposa.
CON. Ah!.. gracias!.. (*espira.*)
REY. El cielo le ha castigado! Sed vosotros felices, que en mi tendreis un padre.
ELIA. Señor, á vos os debemos la felicidad.
ALF. Oh! Justicia del rey!
REY. No, justicia de Dios! (*cuadro; cae el telon.*)

FIN.

MADRID, 1856:

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.